

Mundo, ref. 16/956



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

El "Maine" y el Palo de la Machina

Volviendo la vista hacia el pasado, hagamos con los ojos del recuerdo un recorrido a través de todo el antiguo litoral capitalino.

Comencemos tan imaginario paseo por la vieja Alameda de Paula, sucia, abandonada, de miserable aspecto el cual no podía dejar adivinar que fuera ese el lugar de reunión de la sociedad habanera en la época en que, a pocos pasos de allí nacía un niño que andando los años habría de convertirse en el Apóstol de nuestras libertades.

No había que caminar mucho en dirección a los amplios muelles de San Francisco para pasar frente a un viejo espigón, donde hoy se hallan instaladas una Casa de Socorros y una subestación de Bomberos y que en aquel entonces servía de emboque para los ferries que atravesaban la bahía, los populares "vaporcitos de Regla", como se les llamaban por antonomasia, aunque también realizaban viajes a Casablanca.

Siempre repletos de pasaje, transportando a los que vivían en la parte ultramarina de la capital, en noches de Tutelar en Guanabacoa tenían que duplicar el servicio para satisfacer a la alegre clientela en horas de la madrugada.

Las lanchas con ligeros motores fueron desplazando poco a poco a aquellas anchas embarcaciones que surcaban lentamente las tranquilas aguas de nuestra rada, llevando dentro de su amplio vientre no sólo su parroquia habitual, sino también a parejas amorosas, a padres que querían ofrecerle a su pequeño vástago la sensación de que estaban realizando un viaje trasatlántico, a individuos bulliciosos que pretendían que la brisa marina disipara en su cerebro el efecto del exceso de tragos y a más de un desesperado que no creyendo hallar en la tierra la solución de sus problemas, intentaban buscarlo en el fondo de la bahía, lanzándose al agua

desde la cubierta de uno de aquellos vaporcitos de fundir nueva vida al corazón y que ningún entusiasmo con que el cirujano trataba de intervenir. Tampoco podía dejar pasar por alto aquel espíritu. Pero podía perdonárselo, no tomárselo en cuenta. Pero podía desoyera la voz del llevado mal, aunque a veces el cuerpo, demasiado para otra parte, cuerpo y alma no se habían independizarse. hijos que aún no habían llegado a la edad para Y de buenas carnes: que lo quería de veras y que

Los elevados terminaban junto al Muelle de Caballería, detrás del histórico Templete y a cuyos viejos espigones de madera se llegaba a través de una amplia reja de estilo colonial.

Pocos metros más adelante se cerraba el paso orillando las aguas de la bahía y al llegar al edificio de la antigua Maestranza, en el lugar donde hoy se levanta la moderna jefatura de Policía, la mole pétreo del legendario edificio de tiempos de la colonia nos hacía torcer el rumbo dejando atrás la llamada "cortina de Valdés" y la popular pila de Neptuno. En medio de la rada, durante muchos años, se podían contemplar los restos del crucero "Maine", volado en tal sitio la noche del 15 de febrero de 1898. Parte de la proa y uno de sus mástiles quedaron al descubierto y fué durante el período de José Miguel Gómez, de acuerdo con el gobierno norteamericano, que se construyó en derredor de aquellas reliquias gloriosas una ataguía a fin de poderlos poner transitoriamente a flote y remolcarlos hasta alta mar, donde se hundieron para siempre en medio de merecidos honores.

Volvamos a buscar la vista del mar y sus salobres emanaciones en las inmediaciones del Castillo de la Punta, rodeado por la parte de tierra de un pequeño foso y contemplemos ese primer tramo del Malecón que se inicia frente al Prado, con su acogedora glorieta de cemento de clásico estilo, que servía en determinados días para que las Bandas de la Marina y del Estado Mayor del Ejército ofrecieran amenas retretas que gran parte de la población habanera escuchaba, bien sentados en las sillas de hierro que la circundaban o bien paseando por sus alrededores.

En los primeros años de República se continuó dicho trabajo comenzado en tiempos de la ocupación yankee y llegó hasta el lugar donde un día habría de erigirse la estatua de Maceo, en medio de un bien trazado y adornado parque.

El anestesiista interloco con un movimiento de cabeza. El operador nada dió a entender de momento, pero dejaba adivinar su actitud, que estaba dispuesto a tomar una decisión extraordinaria. Espero unos segundos: nada, ni el más leve latido. Se decidió: entró de nuevo en acción el bisturí, abriendo una herida transversal debajo del corazón, por la que pasó la mano para llegar hasta la viscera, comenzando a cortar y darle masaje, mientras pedía que respiradamente le prepararan una jeringuilla con adrenalina, para inyectarla en el corazón. Desde el momento en que la muerte de aquel cuerpo, entró en el espenario de la sala de operaciones, un extraño e invisible espectador: un

TO AL